



El propósito de la vida no es la autorrealización, sino la unión con Dios: la gran verdad olvidada de nuestro tiempo | 1

Vivimos en una época obsesionada con una idea: **la autorrealización**.

Desde la publicidad hasta las redes sociales, desde los libros de autoayuda hasta muchos discursos motivacionales, el mensaje parece ser siempre el mismo: «*Encuéstrate a ti mismo*», «*cumple tus sueños*», «*sé la mejor versión de ti*», «*vive para realizarte*».

A primera vista, estas expresiones parecen positivas. Después de todo, ¿quién podría estar en contra del crecimiento personal o del desarrollo de los talentos que Dios nos ha dado?

Sin embargo, desde una perspectiva católica tradicional, existe una cuestión fundamental que rara vez se plantea:

**¿Y si el objetivo último de la vida no fuera realizarnos a nosotros mismos, sino unirnos a Dios?**

Esta pregunta toca el corazón mismo de la existencia humana.

Porque si el fin del hombre es simplemente su propia felicidad terrena, entonces toda la vida gira alrededor del «yo».

Pero si el fin del hombre es Dios, entonces todo cambia.

Cambia nuestra visión del éxito.

Cambia nuestra comprensión del sufrimiento.

Cambia nuestra manera de amar.

Cambia nuestra forma de entender la libertad.

Y cambia, sobre todo, nuestro destino eterno.

---

## La gran pregunta: ¿Para qué existimos?

Toda filosofía, toda religión y toda cosmovisión intentan responder a una pregunta esencial:

**¿Por qué estoy aquí?**



El propósito de la vida no es la autorrealización, sino la unión con Dios: la gran verdad olvidada de nuestro tiempo | 2

La respuesta que demos determinará toda nuestra vida.

La cultura moderna suele responder:

«*Estás aquí para ser feliz.*»

«*Estás aquí para realizarte.*»

«*Estás aquí para alcanzar tu potencial.*»

Sin embargo, la Iglesia siempre ha enseñado algo mucho más profundo.

El antiguo Catecismo de San Pío X preguntaba:

«**¿Para qué nos creó Dios?**»

Y respondía:

«**Dios nos creó para conocerle, amarle y servirle en esta vida, y después gozar de Él eternamente en la otra.**»

Esta respuesta contiene toda una revolución espiritual.

No fuimos creados para nosotros mismos.

Fuimos creados para Dios.

No somos el centro del universo.

Dios es el centro.

No somos el fin.

Somos criaturas orientadas hacia nuestro Creador.



El propósito de la vida no es la autorrealización, sino la unión con Dios: la gran verdad olvidada de nuestro tiempo | 3

# El drama del hombre moderno: vivir sin saber hacia dónde camina

Uno de los mayores dramas contemporáneos es que millones de personas han perdido el sentido del fin último.

Tienen objetivos.

Tienen proyectos.

Tienen ambiciones.

Pero no tienen dirección.

Es posible acumular riqueza y sentirse vacío.

Es posible alcanzar fama y sentirse miserable.

Es posible cumplir todos los sueños y descubrir que el corazón sigue insatisfecho.

¿Por qué?

Porque existe en el ser humano un deseo infinito.

Y ninguna realidad finita puede llenar un deseo infinito.

Como escribió San Agustín de Hipona:

«Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti.»

Esta frase resume toda la antropología cristiana.

El corazón humano fue diseñado para Dios.

Por eso todo lo demás resulta insuficiente cuando ocupa Su lugar.



## La diferencia entre autorrealización y santidad

Aquí debemos hacer una importante distinción.

La Iglesia no está en contra del crecimiento humano.

No está en contra de desarrollar talentos.

No está en contra de estudiar, trabajar, formar una familia o alcanzar metas legítimas.

Lo que rechaza es convertir esas cosas en el fin último de la existencia.

La autorrealización moderna suele decir:

*«Conviértete en quien tú quieres ser.»*

La espiritualidad cristiana dice:

*«Conviértete en quien Dios te creó para ser.»*

Parece una diferencia pequeña.

En realidad es inmensa.

La primera pone la voluntad humana en el centro.

La segunda pone la voluntad divina.

La primera pregunta:

*«¿Qué quiero yo?»*

La segunda pregunta:

*«¿Qué quiere Dios de mí?»*

La primera busca la exaltación del individuo.



El propósito de la vida no es la autorrealización, sino la unión con Dios: la gran verdad olvidada de nuestro tiempo | 5

La segunda busca la santidad.

Y la santidad es infinitamente superior a cualquier forma de éxito humano.

---

## Jesucristo nunca prometió la autorrealización

Si analizamos los Evangelios con sinceridad, descubriremos algo sorprendente.

Jesús jamás dijo:

*«Sígueme y cumplirás todos tus sueños.»*

Jamás prometió comodidad.

Jamás prometió éxito.

Jamás prometió reconocimiento.

En cambio dijo:

*«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame.» (Lc 9,23)*

Estas palabras chocan frontalmente con la mentalidad actual.

La cultura contemporánea proclama:

*«Realízate.»*

Cristo proclama:

*«Niégate a ti mismo.»*

La cultura dice:



El propósito de la vida no es la autorrealización, sino la unión con Dios: la gran verdad olvidada de nuestro tiempo | 6

«Síguete a ti mismo.»

Cristo dice:

«Sígueme.»

La cultura dice:

«Busca tu voluntad.»

Cristo dice:

«Busca la voluntad del Padre.»

---

## El misterio de la unión con Dios

La finalidad última del ser humano no es simplemente portarse bien.

No es cumplir normas.

No es evitar pecados.

Todo eso es importante, pero existe algo mucho más grande.

La teología católica enseña que el hombre está llamado a participar de la vida divina.

Como enseña la Segunda Carta de Pedro:

«Para que lleguéis a ser partícipes de la naturaleza divina.» (2 Pe 1,4)

Esta afirmación es extraordinaria.

No fuimos creados únicamente para admirar a Dios desde lejos.



El propósito de la vida no es la autorrealización, sino la unión con Dios: la gran verdad olvidada de nuestro tiempo | 7

Fuimos creados para vivir en comunión con Él.

Para compartir Su vida.

Para participar de Su amor.

Para entrar en una relación transformadora con el Creador.

Los Padres de la Iglesia llamaron a esto la **divinización** o **deificación**, entendida no como convertirnos en dioses por naturaleza, sino como participar por gracia en la vida divina.

Éste es el destino más alto imaginable.

---

## ¿Qué significa realmente unirse a Dios?

La unión con Dios no es una emoción.

No es un sentimiento pasajero.

No es una experiencia psicológica.

Es una realidad sobrenatural.

Consiste en que nuestra inteligencia, nuestra voluntad y nuestro corazón sean transformados por la gracia.

Implica pensar cada vez más como Cristo.

Amar cada vez más como Cristo.

Actuar cada vez más como Cristo.

Sufrir cada vez más con Cristo.

Y finalmente reinar eternamente con Cristo.

La santidad no consiste en añadir algo externo a nuestra vida.



El propósito de la vida no es la autorrealización, sino la unión con Dios: la gran verdad olvidada de nuestro tiempo | 8

Consiste en permitir que Dios transforme nuestra vida desde dentro.

---

## La trampa de la espiritualidad centrada en el yo

Incluso dentro de ambientes religiosos existe una tentación peligrosa.

Buscar a Dios por nosotros mismos.

Buscar experiencias espirituales para sentirnos bien.

Buscar la oración para obtener paz.

Buscar la religión para solucionar problemas.

Todo eso puede ser legítimo.

Pero no es el centro.

El centro es Dios.

El verdadero amor siempre sale de sí mismo.

Por eso los santos buscaban a Dios incluso cuando no sentían nada.

Amaban a Dios incluso en la oscuridad.

Permanecían fieles incluso cuando la oración parecía seca.

Porque habían comprendido una verdad esencial:

**La fe no consiste en utilizar a Dios para nuestra felicidad.**

**Consiste en entregarnos a Dios porque Él merece ser amado.**



# Los santos: hombres y mujeres plenamente realizados porque dejaron de buscarse a sí mismos

Existe una paradoja fascinante en la historia de la Iglesia.

Las personas más realizadas de la historia son precisamente aquellas que dejaron de buscar su propia realización.

Pensemos en San Francisco de Asís.

Renunció a riquezas.

Renunció a prestigio.

Renunció a poder.

Y sin embargo alcanzó una plenitud espiritual extraordinaria.

Pensemos en Santa Teresa de Jesús.

Pensemos en San Juan de la Cruz.

Pensemos en Santa Teresa de Calcuta.

Todos ellos encontraron la felicidad precisamente cuando dejaron de ponerse a sí mismos en el centro.

Porque el ser humano fue creado para amar.

Y quien ama verdaderamente siempre trasciende su propio ego.

---



## La cruz: el camino que el mundo no entiende

Uno de los aspectos más difíciles de aceptar para la mentalidad moderna es el valor redentor de la cruz.

La cultura contemporánea considera el sufrimiento como algo absolutamente inútil.

El cristianismo enseña algo distinto.

No busca el sufrimiento por sí mismo.

Pero reconoce que, unido a Cristo, puede convertirse en un camino de santificación.

La cruz no es el fracaso del amor de Dios.

Es su manifestación suprema.

Por eso el cristiano sabe que incluso los momentos más dolorosos pueden convertirse en ocasiones de unión más profunda con el Señor.

---

## La Eucaristía: la unión con Dios hecha sacramento

Si existe un lugar donde esta unión alcanza una intensidad única en esta vida, es la Sagrada Eucaristía.

En la Comunión no recibimos simplemente una bendición.

No recibimos un símbolo.

No recibimos un recuerdo.

Recibimos a Cristo mismo.

Cuerpo.



El propósito de la vida no es la autorrealización, sino la unión con Dios: la gran verdad olvidada de nuestro tiempo | 11

Sangre.

Alma.

Y Divinidad.

Cada Comunión recibida dignamente constituye una profundización real de nuestra unión con Dios.

Por eso la vida espiritual auténtica gira alrededor del altar.

La Eucaristía no es un complemento.

Es el corazón de la vida cristiana.

---

## Aplicaciones prácticas para la vida cotidiana

La unión con Dios no es una teoría reservada para monasterios.

Tiene consecuencias concretas para todos.

### En el trabajo

Trabajamos no sólo para ganar dinero, sino para glorificar a Dios.

### En la familia

Amamos al cónyuge y a los hijos como una participación en el amor divino.

### En el sufrimiento

Ofrecemos nuestras cruces uniéndolas a la Pasión de Cristo.



El propósito de la vida no es la autorrealización, sino la unión con Dios: la gran verdad olvidada de nuestro tiempo | 12

## En las decisiones

Preguntamos:

«¿Qué quiere Dios de mí?»

antes que:

«¿Qué me apetece hacer?»

## En la oración

Buscamos encontrarnos con Dios, no simplemente sentirnos mejor.

## En el uso de las redes sociales

Recordamos que nuestra identidad no depende de los «me gusta», sino de ser hijos de Dios.

---

# La visión de la eternidad cambia todo

La sociedad moderna vive obsesionada con el presente.

La fe católica mira hacia la eternidad.

Todo pasa.

La juventud pasa.

La belleza pasa.

La salud pasa.

La riqueza pasa.

El éxito pasa.



Las modas pasan.

Las ideologías pasan.

Pero Dios permanece.

Y el alma humana está destinada a permanecer con Él para siempre.

Por eso el cristiano sabe que el verdadero fracaso no consiste en perder dinero, prestigio o poder.

El verdadero fracaso sería perder la amistad con Dios.

Y la verdadera victoria no consiste en conquistar el mundo.

Consiste en alcanzar la santidad.

---

## Conclusión: sólo Dios puede llenar el corazón humano

La gran mentira de nuestro tiempo es hacernos creer que encontraremos la plenitud mirándonos continuamente a nosotros mismos.

La gran verdad del cristianismo es exactamente la contraria.

Nos encontramos cuando dejamos de buscarnos obsesivamente.

Nos realizamos cuando dejamos de vivir para nosotros mismos.

Nos hacemos plenamente humanos cuando vivimos para Dios.

La finalidad última de la existencia no es construir un yo perfecto.

No es acumular experiencias.

No es alcanzar una versión idealizada de nosotros mismos.



El propósito de la vida no es la autorrealización, sino la unión con Dios: la gran verdad olvidada de nuestro tiempo | 14

Es algo infinitamente más grande.

Es entrar en comunión con el Dios vivo.

Es amarle con todo el corazón.

Es dejarse transformar por Su gracia.

Es caminar hacia la santidad.

Es prepararse para contemplarle cara a cara en la eternidad.

Porque al final de la vida, la pregunta decisiva no será cuánto éxito tuvimos, cuánto dinero ganamos o cuántos sueños cumplimos.

La pregunta decisiva será:

**¿Aprendimos a amar a Dios sobre todas las cosas?**

Y en esa respuesta se juega no sólo el sentido de nuestra vida, sino también nuestro destino eterno.